



**EL FIN DE LOS ESTADOS DE FACTO:
UN ANÁLISIS COMPARADO DE LA
CAÍDA DE LA REPÚBLICA CHECHENA DE
ICHKERIA (2000) Y DE LA REPÚBLICA DE
NAGORNO-KARABAJ (2023)**

Autora: Ioana Drobova Molina

5º E-5

Sistemas Políticos Comparados

Tutora: Prof^a. Dra. D^a. Marta Paradés Martín

Madrid

Junio 2026

RESUMEN Y PALABRAS CLAVE

Resumen: Chechenia —reintegrada por la fuerza en Rusia en 2000— y Nagorno-Karabaj —disuelta tras la operación militar azerbaiyana de septiembre de 2023 y formalmente extinta el 1 de enero de 2024— son los dos únicos casos de la «primera generación» de Estados de facto postsoviéticos que han desaparecido mediante reintegración forzosa en su Estado matriz. Pese al resultado común, ambos casos parten de presupuestos radicalmente opuestos: Chechenia colapsó primero internamente y fue invadida después, mientras que Nagorno-Karabaj era uno de los Estados de facto con mejor gobernanza y cohesión interna. Ello permite sopesar las variables que explican el final del ciclo de vida de cada entidad, con el propósito de extraer elementos predictivos relevantes para los Estados de facto supervivientes en la zona, a saber: Transnistria, Abjasia y Osetia del Sur.

Palabras clave: Estados de facto, espacio postsoviético, Chechenia, Nagorno-Karabaj, Estado patrón.

Abstract: Chechnya—reintegrated by force into Russia in 2000—and Nagorno-Karabakh—dissolved following the Azerbaijani military operation of September 2023 and formally extinguished on January 1, 2024—are the only two cases of the “first generation” of post-Soviet de facto states that have disappeared through forced reintegration into their parent state. Despite the common outcome, both cases are based on radically different premises: Chechnya first collapsed internally and was later invaded, whereas Nagorno-Karabakh was one of the de facto states with the best governance and internal cohesion. This makes it possible to weigh the variables that explain the end of the life cycle of each entity, with the aim of extracting relevant predictive elements for the surviving de facto states in the area, namely: Transnistria, Abkhazia, and South Ossetia.

Key words: de facto states, post-Soviet space, Chechnya, Nagorno-Karabakh, patron state.

ÍNDICE

1.	INTRODUCCIÓN	2
2.	FINALIDAD Y MOTIVOS.....	4
3.	ESTADO DE LA CUESTIÓN.....	5
4.	MARCO TEÓRICO	8
a.	Noción de «Estado de facto»	8
b.	Factores de sostenibilidad de los Estados de facto.....	11
c.	Factores del fracaso interno	12
d.	Relación Estado patrón - Estado cliente	13
e.	«Ciclo de vida» de los Estados de facto y trayectorias de salida	14
f.	Marco analítico propio.....	15
5.	OBJETIVOS Y PREGUNTAS	16
a.	Objetivo general.....	16
b.	Objetivos específicos.....	16
c.	Preguntas de investigación.....	16
d.	Hipótesis	17
6.	METODOLOGÍA	17
7.	ANÁLISIS Y DISCUSIÓN	20
a.	Caso 1: La República Chechena de Ichkeria	20
b.	Caso 2: La República de Nagorno-Karabaj	22
c.	Análisis comparado	25
8.	CONCLUSIÓN Y PROPUESTAS.....	30
9.	BIBLIOGRAFÍA	34

1. INTRODUCCIÓN

Los Estados de facto —entidades que ejercen un control efectivo sobre un territorio y una población, pero carecen del reconocimiento internacional que caracteriza a los Estados soberanos— constituyen una anomalía persistente del sistema internacional contemporáneo. Su presencia es especialmente significativa en el espacio postsoviético, donde el colapso de la Unión Soviética dio lugar a diversas entidades secesionistas —Abjasia, Osetia del Sur, Transnistria, Nagorno-Karabaj y la Chechenia de Ichkeria— que lograron mantener durante años, e incluso décadas, una independencia no reconocida. Sin embargo, tras un prolongado período de relativa estabilidad, el mapa de los Estados de facto postsoviéticos ha comenzado a transformarse. En 2022, las repúblicas populares del Donbás —los denominados «Estados de facto postsoviéticos de segunda generación»— fueron absorbidas por Rusia. Un año después, la República de Nagorno-Karabaj desapareció tras una ofensiva militar azerbaiyana que puso fin a más de tres décadas de existencia. Estos acontecimientos invierten la pregunta que tradicionalmente ha guiado el estudio de estas entidades. Si durante años la literatura se centró en explicar cómo lograban sobrevivir pese a su falta de reconocimiento internacional, los desarrollos recientes obligan a preguntarse por las condiciones y mecanismos que conducen a su desaparición.

La relevancia social y política de esta cuestión es considerable. Las disputas asociadas a los Estados de facto constituyen conflictos prolongados que afectan a la seguridad regional, involucran a potencias como Rusia y Turquía, así como a los Estados matriz, y generan importantes costes humanos. La desaparición de Nagorno-Karabaj constituye un ejemplo paradigmático. La recuperación del territorio por parte de Azerbaiyán provocó el desplazamiento de prácticamente toda la población armenia del enclave, alrededor de ciento veinte mil personas. Más allá de sus consecuencias inmediatas, este desenlace establece un precedente para los Estados de facto que aún subsisten en el espacio postsoviético —Abjasia, Osetia del Sur y Transnistria— y plantea interrogantes sobre la evolución futura del orden regional en un contexto marcado por la guerra de Ucrania y la alteración de los equilibrios geopolíticos heredados de la posguerra fría.

El fenómeno resulta igualmente relevante desde una perspectiva académica. Si bien la literatura especializada ha producido abundantes explicaciones sobre la supervivencia de los Estados de facto, la investigación sobre su desaparición sigue siendo

limitada. Esta carencia adquiere especial importancia a la luz del modelo del «ciclo de vida» desarrollado por Hoch y Kopeček (2020), una de las propuestas teóricas más influyentes para explicar la trayectoria de estas entidades. Dicho modelo situaba a Nagorno-Karabaj entre los casos más consolidados y con mayores probabilidades de perdurar, una expectativa que su colapso en 2023 desmintió de manera contundente. Esta discrepancia entre predicción y resultado sugiere la necesidad de revisar algunos de los supuestos del modelo, en particular el peso explicativo que atribuye al fracaso interno frente a otros factores. A ello se añade que los dos únicos Estados de facto postsoviéticos que han desaparecido —Nagorno-Karabaj y la Chechenia de Ichkeria— han sido estudiados casi siempre de manera independiente, sin una comparación sistemática que permita identificar los factores que explican su final.

Este trabajo se inscribe en ese vacío de investigación. Su objetivo es explicar por qué y cómo desaparecen los Estados de facto postsoviéticos mediante el estudio comparado de los dos únicos casos consumados. Para ello, contrapone Nagorno-Karabaj, una entidad caracterizada por una elevada cohesión interna cuyo final adoptó la forma de una capitulación negociada seguida de un éxodo masivo, y la Chechenia de Ichkeria, marcada por la fragmentación política y militar y finalmente reincorporada por la fuerza tras una guerra. La aportación analítica de la investigación consiste, por un lado, en dividir la variable del Estado patrón en dos dimensiones diferenciadas —su capacidad y su voluntad de proteger al cliente— y, por otro, en distinguir entre el resultado final, es decir, la supervivencia o la desaparición, y el modo en que este se produce. Esta aproximación permite formular hipótesis más precisas sobre la influencia relativa del fracaso interno, el declive del patrón y la capacidad de recuperación del Estado matriz. El análisis se desarrolla mediante una estrategia comparada apoyada en la metodología de *process tracing*.

El presente estudio se articula de la siguiente manera: tras esta introducción, el apartado dedicado a la finalidad y motivación de la investigación justifica la elección del tema; a continuación, el estado de la cuestión examina la literatura existente sobre los Estados de facto y sobre los dos casos seleccionados, identificando la laguna que este estudio pretende cubrir; el marco teórico define los principales conceptos y enfoques empleados —los factores de sostenibilidad, el fracaso interno, las relaciones patrón-cliente y el modelo del ciclo de vida— y los integra en un marco analítico propio; sobre esa base se formulan los objetivos y las hipótesis de investigación, así como la estrategia

metodológica; posteriormente, el análisis empírico contrasta las hipótesis mediante el estudio de ambos casos; y, finalmente, las conclusiones sintetizan los principales hallazgos y discuten sus implicaciones para el estudio de los Estados de facto y de su desaparición.

2. FINALIDAD Y MOTIVOS

La finalidad de este trabajo es explicar las causas que propician la desaparición de los Estados de facto postsoviéticos y el modo en que ésta se produce, una cuestión que ha recibido una atención considerablemente menor que la dedicada a su supervivencia. Para ello se comparan los dos únicos casos de desaparición consumada en el espacio postsoviético: la República de Nagorno-Karabaj, extinguida en 2023 tras una ofensiva militar azerbaiyana, y la República Chechena de Ichkeria, reincorporada a la Federación Rusa entre 1999 y 2000. El objetivo es determinar el peso relativo del fracaso interno, del declive del Estado patrón y de la recuperación del Estado matriz en la desaparición de estas entidades. Asimismo, el trabajo persigue dos objetivos analíticos complementarios: distinguir entre el resultado —supervivencia o desaparición— y el modo en que este se produce, y desagregar la variable del Estado patrón en sus dimensiones de capacidad y voluntad de protección, evitando así reducir la explicación a la mera existencia o ausencia de apoyo externo.

La relevancia del tema se manifiesta en dos planos. Desde una perspectiva social y política, los conflictos asociados a los Estados de facto son conflictos prolongados que afectan a la seguridad regional, generan importantes costes humanos e involucran a potencias con intereses contrapuestos. La desaparición de Nagorno-Karabaj constituye un ejemplo particularmente ilustrativo, pues se tradujo en el desplazamiento de prácticamente toda la población armenia del enclave. Además, el desenlace de estos casos condiciona las perspectivas de las entidades que aún subsisten —Abjasia, Osetia del Sur y Transnistria— y ofrece indicios sobre la evolución del orden postsoviético en un contexto marcado por la guerra de Ucrania y la reconfiguración de los equilibrios regionales. Desde el punto de vista académico, el estudio de la desaparición de los Estados de facto permite evaluar la capacidad explicativa de los principales modelos teóricos desarrollados para interpretar su trayectoria. En particular, el modelo del «ciclo de vida» de Hoch y Kopeček situaba a Nagorno-Karabaj entre las entidades más viables poco antes de su desaparición. La contradicción entre esta expectativa y el resultado observado

plantea interrogantes sobre algunos de sus supuestos centrales, especialmente acerca del peso atribuido al fracaso interno como factor explicativo del colapso de estas entidades.

La elección del tema responde, además, a varias razones de índole, asimismo, académica. En primer lugar, la desaparición de Nagorno-Karabaj constituye un acontecimiento reciente que todavía ha sido objeto de escasa atención sistemática por parte de la literatura especializada. En segundo lugar, el desajuste entre las predicciones del modelo del ciclo de vida y la evolución real del caso convierte su estudio en una oportunidad para contrastar y refinar las explicaciones existentes. En tercer lugar, los dos casos analizados han sido estudiados casi siempre de forma independiente, pese a constituir los únicos ejemplos de desaparición de Estados de facto en el espacio postsoviético. Esta circunstancia los convierte en un par especialmente adecuado para una comparación controlada, más aún si se considera el marcado contraste entre sus trayectorias internas, pues, mientras Ichkeria estuvo caracterizada por una elevada fragmentación política y militar, Nagorno-Karabaj destacó por sus niveles de cohesión interna. Finalmente, la existencia de una literatura consolidada sobre las relaciones patrón-cliente y de estudios específicos sobre ambos casos proporciona una base empírica suficiente para abordar la comparación con el rigor exigible a un trabajo de investigación.

En conjunto, estos elementos justifican la pertinencia de un estudio centrado en la desaparición de los Estados de facto postsoviéticos. Aparte de reconstruir dos trayectorias históricas concretas, el trabajo aspira a contribuir al desarrollo teórico de un campo de investigación en expansión, identificando los mecanismos que explican el final de estas entidades y evaluando la validez de las interpretaciones existentes. En este sentido, sus conclusiones pueden aportar herramientas analíticas útiles para comprender no sólo los casos examinados, sino también las perspectivas de aquellos Estados de facto que aún perviven en el espacio postsoviético.

3. ESTADO DE LA CUESTIÓN

La investigación sobre los Estados de facto ha atravesado, según la síntesis de Hoch (2020), tres grandes etapas. La primera, entre 1998 y 2004, estuvo dominada por estudios de caso centrados en las raíces de los conflictos secesionistas y en su posible resolución, e inaugurada por la monografía pionera de Pegg (1998), la primera que ofreció una lectura teórica sistemática del fenómeno. Sin embargo, durante este período se proyectó una

imagen eminentemente negativa de aquel, ya que varios autores — Lynch, Kolossov y O'Loughlin, entre otros— describieron a estas entidades como entornos criminalizados y como gobiernos títere en manos de actores externos. Entre 2005 y 2008 se desplazó el foco hacia las dinámicas internas —la construcción estatal y nacional y los procesos de democratización—, mostrando que la falta de soberanía externa no impide el desarrollo institucional. En ella cabe destacar los trabajos de Caspersen, Broers y Popescu, si bien el artículo más influyente del campo, el de Kolstø (2006) sobre la sostenibilidad y el final de estas entidades, cuyos factores siguen siendo una referencia obligada. La tercera etapa, inaugurada por la guerra de Osetia del Sur de 2008 y el reconocimiento ruso de este enclave junto a Abjasia, situó en primer plano los Estados patrón y las estrategias de compromiso internacional sin reconocimiento, y consolidó el campo con obras de referencia como la monografía de Caspersen de 2012. A esta producción, mayoritariamente cualitativa, se sumó una incipiente sistematización empírica, a través de la base de datos de Florea (2014), que al incluir treinta y cuatro entidades —el doble que otros autores— tensó el propio concepto y avivó la discusión definitoria, el análisis comparado de Toomla en 2016 y las raras encuestas independientes de O'Loughlin, Kolossov y Toal de 2011 y 2014 sobre las actitudes de estas poblaciones (Hoch, 2020). Finalmente, después de 2022, se ha producido un último giro analítico muy reciente y todavía en formación, centrado en los efectos de la guerra de Ucrania y la reconfiguración geopolítica sobre los Estados de facto postsoviéticos. Kolstø (2024) examina las reorientaciones de estas entidades ante el debilitamiento de su patrón ruso, y Caspersen y Gueudet (2025) analizan cómo reaccionan los clientes cuando el patrón incumple su parte del pacto.

En el centro de esta literatura ha latido desde el principio una tensión sobre la naturaleza de estas entidades. Tal y como repasa Hoch (2020), King en 2001 sostuvo que los Estados de facto postsoviéticos eran sorprendentemente fuertes, auténticos constructores estatales cuya eficacia de gobierno explicaría su persistencia. En cambio, Lynch y Fairbanks los retrataron un año después en sentido diametralmente opuesto, esto es, como entes dotados de las apariencias de la estatalidad, pero no de su esencia. La posición intermedia que Kolstø propuso en 2006 constituye, actualmente, la referencia respecto de esta controversia. En su trabajo expone que la tendencia modal de estos entes es la debilidad, pero que ésta no impide su supervivencia, sostenida por mecanismos ajenos a la eficacia estatal. La investigación posterior sobre las dinámicas internas matizó

la tesis de la debilidad. Así, Caspersen en 2008 observó que el nivel de democracia en entidades como Abjasia y Nagorno-Karabaj era comparable o incluso superior al de sus Estados matriz, y su monografía (Caspersen, 2012) contribuyó a consolidar una perspectiva más sensible a la diversidad interna de estos casos.

Por otro lado, un rasgo destacado de la producción científica sobre la materia es su asimetría, al haber constituido los factores de supervivencia de los Estados de facto un objeto de estudio mucho más frecuente que los factores de su desaparición. El estudio paradigmático sobre la temática del fracaso es el de Kolstø y Paukovic (2014) sobre la República Serbia de Krajina, que atribuye su violento final, en buena medida, a la pérdida del apoyo de su patrón. En el plano empírico, la base de datos de Florea (2014) permite clasificar los modos de desaparición —reintegración forzosa en el Estado matriz, reintegración pacífica y acceso a la estatalidad reconocida—, ofreciendo el universo de trayectorias de salida en el que se inscriben los casos. En el ámbito de los mecanismos, Aliyev (2020) trasladó al estudio de los Estados de facto la literatura sobre el fracaso estatal e identificó cinco causas de deterioro interno, mostrando que estas entidades pueden fracasar mucho antes de perder el control territorial. Souleimanov (2020b), por su parte, aplicó esa óptica al caso checheno. La caída de Nagorno-Karabaj en 2023 ha empezado a documentarse sobre todo en informes de análisis geopolítico, más que en estudios académicos consolidados. Este reciente acontecimiento, apenas explorado desde un prisma científico, ha abierto una línea de investigación de notable interés.

El análisis sobre los dos supuestos de Estados de facto postsoviéticos de primera generación desaparecidos se ha desarrollado en gran medida por separado. Sobre Chechenia, los estudios disponibles se han concentrado en la fragmentación interna, la radicalización y la anarquía del período interbélico (1996-1999), es decir, en el proceso de descomposición que precedió a la reconquista rusa (Souleimanov, 2006, 2020b; Wilhelmsen, 2005; Merlin, 2012; Study of Internal Conflict, 2024). En cuanto a Nagorno-Karabaj, la literatura ha atendido a su trayectoria como Estado de facto comparativamente cohesionado y, más recientemente, a su desenlace en 2023 (Yemelianova, 2023; Kolstø, 2024). Precisamente por presentar configuraciones opuestas —fractura interna frente a cohesión—, ambos casos ofrecen un terreno particularmente fértil para el análisis comparado. No obstante, la escasa atención que han recibido en estudios de esta naturaleza revela una laguna en la literatura que el presente trabajo busca colmar.

El punto de partida empírico del trabajo es el volumen colectivo de Hoch y Kopeček (2020), que aplica el marco del ciclo de vida y los factores de sostenibilidad a los Estados de facto postsoviéticos. La centralidad de ese marco es tal que, como reconoce el propio Hoch (2020), apenas existe texto sobre el fenómeno en el espacio postsoviético que no recurra a los factores de Kolstø (2006). Sobre esa base, el volumen situaba a Nagorno-Karabaj —junto a Abjasia— entre las entidades viables y con mejores opciones de supervivencia e incluso de reconocimiento (Kopeček y Hoch, 2020). Su caída en 2023 desmintió esa predicción. La anomalía resultante —una entidad considerada viable que, sin embargo, desaparece— motiva la pregunta de investigación, pues sugiere que el peso atribuido por el modelo al fracaso interno como motor de la desaparición (Aliyev, 2020) debe revisarse a la luz del declive del patrón.

De todo lo anterior se desprende la existencia de una laguna de investigación que justifica este estudio en cuatro aspectos principales. En primer lugar, la literatura ha prestado una atención considerablemente mayor a la supervivencia de los Estados de facto que a su desaparición, fenómeno que continúa siendo objeto de un interés limitado. En segundo lugar, la desaparición de Nagorno-Karabaj en 2023 constituye un acontecimiento de extrema actualidad cuya explicación apenas ha sido abordada de manera sistemática. En tercer lugar, los dos únicos Estados de facto postsoviéticos que han desaparecido han sido analizados de forma independiente, sin la comparación sistemática que diversos autores consideran necesaria. En este sentido, tanto Pegg (2017) como Comai (2018, citado en Hoch, 2020) han señalado que la investigación sigue excesivamente condicionada por el estatus contestado de estas entidades y requiere un esfuerzo comparativo más amplio, por lo que el presente trabajo responde a esta demanda mediante un análisis comparado apoyado en la metodología de *process tracing*. Por último, el incumplimiento de las predicciones derivadas del modelo del ciclo de vida sugiere la necesidad de revisar sus postulados, particularmente en lo relativo al peso explicativo atribuido al fracaso interno frente al declive del patrón.

4. MARCO TEÓRICO

a. Noción de «Estado de facto»

El objeto de estudio de este trabajo —el Estado de facto— carece de una denominación unánime en la literatura. El propio fenómeno ha recibido etiquetas diversas y a menudo intercambiables: cuasi-Estados, para-Estados, pseudo-Estados, Estados-sombra, Estados

fantasma, Estados autoproclamados, Estados no reconocidos o Estados de facto (Kolstø, 2006; Souleimanov, 2020a). Esta proliferación terminológica, lejos de ser un mero detalle nominal, ha llegado a oscurecer el campo, debido, fundamentalmente, al carácter disperso y dominado por los estudios de caso de la literatura especializada (Souleimanov, 2020a). Por esta razón, conviene comenzar fijando con precisión qué se entiende aquí por Estado de facto.

La raíz conceptual se remonta a la posguerra mundial y al proceso de descolonización. En su acepción original, acuñada por Jackson en 1990, el término «cuasi-Estado» designó a los Estados poscoloniales de África y Asia que, pese a contar con los caracteres formales de la independencia y el reconocimiento internacional, carecían de la capacidad efectiva para gobernar y controlar su propio territorio, tratándose, así, de entidades más jurídicas que empíricas, dotadas de una soberanía «negativa» o externa (Jackson, 1990, citado en Kolstø, 2006, y en Souleimanov, 2020a). Frente a ese primer tipo, la literatura identificó un segundo grupo de entidades de signo opuesto: territorios capaces de gobernarse a sí mismos pero carentes de reconocimiento formal, a los que se denominó secesionistas, no reconocidos o de facto (Souleimanov, 2020a).

Esta coincidencia terminológica entre dos fenómenos opuestos motivó la propuesta clarificadora de Kolstø (2006), central para este trabajo. Este autor distingue entre la soberanía interna —la capacidad del Estado para cumplir las funciones básicas hacia su población— y la soberanía externa —el reconocimiento por parte de los demás Estados—. Los Estados poscoloniales de Jackson carecerían de soberanía interna, pero conservarían la externa, mientras que los Estados secesionistas que aquí interesan presentan la situación inversa: ejercen un control efectivo sobre su territorio, pero carecen de soberanía externa, al haberse separado de un Estado matriz que no acepta esa pérdida (Kolstø, 2006). Para deshacer la confusión, Kolstø propone reservar el término «Estados fallidos» para los primeros y emplear «cuasi-Estados» —o, en la terminología hoy dominante, «Estados de facto»— únicamente para los segundos (Kolstø, 2006).

La consolidación de «Estado de facto» como concepto dominante se debe sobre todo a Pegg, cuyo estudio de 1998 constituye la primera monografía dedicada al fenómeno. Pegg lo definió como una entidad secesionista que cuenta con apoyo popular y ha alcanzado capacidad suficiente para prestar servicios de gobierno a una población dada, en un territorio definido sobre el que mantiene un control efectivo durante un

período prolongado (Pegg, 1998, citado en Souleimanov, 2020ba. Existe hoy un consenso bastante amplio en torno a los elementos básicos de esta definición, y las discrepancias se sitúan solo en sus márgenes (Pegg, 2008, citado en Souleimanov, 2020a).

Las definiciones operativas posteriores convergen en un núcleo común de rasgos. Kolstø (2006) exige tres condiciones: control efectivo sobre la mayor parte del territorio reclamado, búsqueda no lograda de reconocimiento internacional y una permanencia mínima de dos años. Kolstø y Paukovic (2014) añaden, en términos equivalentes, la proclamación de independencia frente a un Estado matriz que sigue reclamando el territorio sin poder recuperarlo y el rechazo de esa independencia por la mayoría de los miembros de la ONU. Caspersen y Stansfield (2011) resumen el concepto en tres criterios —independencia de facto con control territorial durante al menos dos años, ausencia de reconocimiento pleno y aspiración explícita a la independencia de iure— (citado en Souleimanov, 2020a). Por su parte, Florea (2014) ofrece la definición más completa, al requerir que la entidad pertenezca a un Estado reconocido sin ser una posesión colonial, ejerza control militar sobre un territorio habitado de forma permanente, no esté sancionada por el gobierno, preste funciones básicas de gobierno, carezca de soberanía jurídica internacional y haya existido durante al menos veinticuatro meses. De este modo pueden deducirse cuatro caracteres compartidos: control territorial efectivo, aspiración secesionista a la independencia, ausencia de reconocimiento internacional y una duración mínima en el tiempo.

Este aparato conceptual se apoya, en última instancia, en los criterios clásicos de estatalidad de la Convención de Montevideo de 1933 —población permanente, territorio definido, gobierno y capacidad de entablar relaciones con otros Estados—, que los Estados de facto satisfacen en el plano empírico aunque no en el del reconocimiento (Kolstø & Paukovic, 2014; Souleimanov, 2020a). Aplicado al universo de casos, este marco acota una población relativamente reducida: Florea (2014) identifica treinta y cuatro Estados de facto entre 1945 y 2011 y, a comienzos de la segunda década del siglo, solían contabilizarse seis entidades entonces vigentes —Abjasia, Osetia del Sur, Nagorno-Karabaj, Transnistria, Chipre del Norte y Somalilandia (Souleimanov, 2020a)—, un inventario que la posterior desaparición de Nagorno-Karabaj en 2023 vino a alterar. Los dos casos analizados en este trabajo pertenecen de pleno a esta categoría. La República de Nagorno-Karabaj figuró de forma sistemática entre los Estados de facto consolidados desde su surgimiento hasta su eliminación en 2023 (Kolstø, 2006; Florea,

2014; Souleimanov, 2020a), mientras que la República Chechena de Ichkeria solo alcanzó una «cuasi-estatalidad real» —en expresión del propio Kolstø— durante el intervalo entre la primera y la segunda guerra chechena (1996-1999), antes de su reintegración forzosa en la Federación Rusa (Kolstø, 2006; Florea, 2014).

b. Factores de sostenibilidad de los Estados de facto

El hecho de que un Estado de facto —privado del reconocimiento internacional que en el sistema contemporáneo garantiza la continuidad incluso de los Estados más débiles— no se desplome ni sea reabsorbido de inmediato por su Estado matriz (Kolstø, 2006) invita a atribuir su supervivencia a su robustez y funcionalidad. Sin embargo, frente a quienes describían las entidades postsoviéticas como «sorprendentemente fuertes», Kolstø (2006, p. 727) sostiene que tienden a lo contrario: a poseer economías frágiles y estructuras estatales deficientes, próximas a las de un Estado fallido, de lo que se infiere que, si la construcción estatal (*state-building*) no es lo que las mantiene en pie, su supervivencia debe explicarse por otro conjunto de factores.

Kolstø (2006) identifica cinco factores de sostenibilidad, cuatro de los cuales forman el núcleo analítico de este estudio —el quinto, la tibieza de la comunidad internacional, opera en un segundo plano—. La construcción nacional (*nation-building*) es la dimensión «blanda» de la consolidación estatal: aun cuando el *state-building* fracase, la mayoría de estas entidades logran una identidad común mediante la memoria de la guerra fundacional, la imagen del «enemigo externo» encarnado en el Estado matriz y la homogeneización demográfica producida por los desplazamientos forzosos, además del repertorio simbólico convencional (Kolstø, 2006, pp. 729–731). El poder militar es el segundo factor: creados y mantenidos por la fuerza, estos Estados sostienen ejércitos pequeños en términos absolutos pero desproporcionados respecto a su población, lo que detrae recursos del bienestar y la infraestructura y militariza la sociedad (Kolstø, 2006, pp. 731–732). El tercero es la debilidad del Estado matriz: basta con ser lo bastante fuerte para repeler a un adversario frágil que, sumido en el caos, no puede recuperar el territorio ni atraer a la población del enclave (Kolstø, 2006, pp. 732–733).

El cuarto factor, el apoyo de un patrón externo, cumple una función análoga a la que la comunidad internacional desempeña frente a los Estados fallidos, es decir, una garantía de existencia, en este caso, «privatizada» (Kolstø, 2006, p. 733). La literatura posterior matiza, no obstante, que el patrón es condición necesaria pero no suficiente

(Kopeček, 2020a, p. 159), ya que, sin patrón, o con uno débil, la reintegración forzosa se materializa (Chechenia, la Krajina serbia, Biafra, Tamil Eelam), pero la supervivencia sin él solo es posible si el propio Estado matriz colapsa (Somalilandia). Por otro lado, la dependencia es también económica —a título de ejemplo, las subvenciones del patrón llegan a cubrir cerca del 98 % del presupuesto de Osetia del Sur (Kopeček, 2020, p. 162)—, si bien la viabilidad política interna previene tanto la absorción por el matriz como la disolución dentro del patrón, impidiendo que el Estado de facto quede reducido a mero títere (Kopeček, 2020a, pp. 159, 163).

Estos cuatro factores constituyen el reverso de las hipótesis. Así, si la supervivencia descansa en una cohesión interna lograda, una fuerza militar suficiente, un Estado matriz débil y un patrón comprometido, la desaparición debería seguirse del deterioro de la cohesión, del fortalecimiento del Estado matriz y, sobre todo, del declive del patrón —ya sea en su capacidad o en su voluntad de proteger—.

c. Factores del fracaso interno

Si el epígrafe anterior expuso lo que mantiene con vida a un Estado de facto, este desarrolla el mecanismo inverso. Aliyev (2020, p. 255) realiza un giro explícito sobre el modelo de Kolstø al observar que la literatura trata los cuatro factores de supervivencia como variables estáticas, lo que le lleva a preguntarse qué sucede cuando la construcción nacional fracasa, el ejército no es fuerte, el Estado matriz supera su debilidad o el patrón retira su apoyo o sencillamente no existe.

Una distinción recorre el capítulo y resulta decisiva para la formulación y contraste de las hipótesis: el fracaso de un Estado de facto no equivale a su desaparición. Aliyev (2020, pp. 253–254) no conecta causalmente uno con otra, sino que identifica los factores que precipitan la debilidad. Un Estado de facto fracasado puede subsistir mientras sea capaz de repeler los intentos de absorción del Estado matriz (Aliyev, 2020, p. 254). Ese fracaso responde, además, a una combinación complementaria de factores asociados a la violencia armada, las fracturas sociopolíticas y el colapso económico (Aliyev, 2020, p. 255). El autor distingue, concretamente, cinco factores. En primer lugar, el conflicto armado expone a la entidad —en ausencia de patrón o por debilidad propia— a una guerra con el Estado matriz que termina en incorporación forzosa, tal y como sucedió en la Krajina serbia y Chechenia, y a ello se suman a menudo conflictos internos que la debilitan tanto como el enemigo exterior (Aliyev, 2020, pp. 255–256). La segunda causa

reside en las importantes deficiencias económicas que asolan a estas entidades. Desprovistas de base industrial y de acceso a la asistencia internacional, y a menudo bloqueadas por el matriz, muchas de ellas se reconvierten en plataformas de economía ilícita, y el colapso económico puede fragmentar sus fuerzas militares (Aliyev, 2020, pp. 256–257). Los tres factores restantes son formas de fractura interna: el tribalismo o la división clánica, que secuestra el proyecto de construcción nacional (Aliyev, 2020, pp. 257–258); el caudillismo, más probable cuando se mitiga la amenaza externa y especialmente destructivo en entidades recién surgidas (Aliyev, 2020, p. 258); y la fragmentación ideológica, de índole religiosa o política, que por su capacidad de radicalización y por el hecho de involucrar a muchos más participantes que un conflicto bélico puede resultar más grave que las disputas tribales o entre caudillos (Aliyev, 2020, pp. 258–259).

El mecanismo de Aliyev describe un fracaso internamente generado que acelera —pero no determina por sí solo— la incorporación al Estado matriz, y precisamente sobre esa distinción se construye la primera hipótesis: el fracaso interno propicia la reintegración forzosa, pero no es su condición necesaria. El siguiente epígrafe sostendrá que un Estado de facto puede desaparecer sin haber fracasado internamente, cuando se pierden simultáneamente la protección de su patrón y la debilidad de su Estado matriz.

d. Relación Estado patrón - Estado cliente

La guerra en Ucrania y la caída de Nagorno-Karabaj han desplazado el foco de la literatura posterior a 2022-2023 (Caspersen y Gueudet, 2025; Kolstø, 2024) desde la mera existencia del patrón hacia las dinámicas de la relación patrón-cliente cuando ésta entra en crisis. La contribución de este epígrafe consiste en descomponer la variable «patrón» —tratada indistintamente por la literatura como «declive del patrón»— en dos dimensiones: capacidad y voluntad.

El vínculo patrón-cliente es jerárquico y asimétrico, pero también recíproco, puesto que el cliente cede autonomía a cambio de recursos —ante todo, seguridad— que no puede procurarse (Caspersen y Gueudet, 2025, p. 182). Por tanto, cuando el patrón incumple su parte, esa reciprocidad obliga a renegociar la relación o a aceptar una menor influencia (Caspersen y Gueudet, 2025, p. 197). Por otra parte, los períodos de crisis tienen valor analítico en este sentido, pues el comportamiento «fuera de equilibrio» revela mecanismos que en circunstancias ordinarias permanecen ocultos. Además, la ausencia

de reconocimiento impone una limitación adicional, al sostenerse en la práctica un monopolio de patronazgo que reduce el margen de maniobra del cliente (Caspersen y Gueudet, 2025, pp. 185, 196). Sobre esta base, los autores tipifican las crisis según la acción del patrón: el abandono total —amenaza existencial inmediata, como en la Krajina serbia—, la reducción del apoyo —que siembra dudas sobre la sostenibilidad o refleja la incapacidad de proteger— y la imposición de un compromiso, mediante la amenaza de recortar el apoyo para forzar al cliente a moderar su posición (Caspersen y Gueudet, 2025, p. 183).

El núcleo del presente epígrafe es la descomposición de la variable patrón. Kolstø (2024, pp. 286-287) plantea dos preguntas que separan lo que «declive del patrón» confunde: si el patrón conserva la fuerza para cumplir su compromiso (capacidad) y si tiene la voluntad de seguir cumpliéndolo. Para los Estados de facto restantes de la zona fue indiferente si el fallo de Rusia ante Nagorno-Karabaj se debió a «*lack of capabilities or a lack of will*», pues su reputación quedó dañada en cualquier caso; sin embargo, para la explicación causal la distinción es decisiva, porque capacidad y voluntad tienen orígenes y remedios diferentes (Kolstø, 2024, p. 287). Caspersen y Gueudet (2025, p. 197) lo confirman: la desconfianza —una percepción sobre la voluntad— redujo la influencia del patrón con independencia de su capacidad. A ello se añade que, cuando el patrón es además un *kin-state*, la afectividad de base étnica refuerza el vínculo, pero también aprisiona al cliente, cuya legitimidad interna depende de la narrativa etnonacional (Caspersen y Gueudet, 2025, p. 197).

e. «Ciclo de vida» de los Estados de facto y trayectorias de salida

Una vez identificados los factores de sostenibilidad, el mecanismo del fracaso interno y la dinámica del declive del patrón, procede presentar el marco que los integra: el modelo del «ciclo de vida», columna vertebral del volumen de Hoch y Kopeček (2020). Éste individualiza el fenómeno de los casos de estudio, pues, si bien los Estados de facto son una parte relativamente permanente del sistema de Estados, las entidades concebidas por sí solas no lo son (Kopeček y Hoch, 2020, p. 296). Emergen, existen durante años o décadas sin reconocimiento y después desaparecen o se transforman, y es esa secuencia de emergencia, sostenibilidad y posible final es lo que se denomina su ciclo de vida (Kopeček y Hoch, 2020, p. 297).

La pieza decisiva es la tipología de vías de salida (Kopeček, 2020d, pp. 249-250). La primera es el reconocimiento internacional, que ningún Estado de facto postsoviético ha alcanzado, aunque hay precedentes históricos como el de Mongolia, reconocida en 1961, casi medio siglo después de su surgimiento. La segunda es la absorción por el Estado patrón, la vía de los Estados de facto postsoviéticos de segunda generación: Donetsk y Lugansk. La tercera y la más frecuente es la reintegración en el Estado matriz, consumada en la zona objeto de análisis en Gagauzia, reincorporada pacíficamente en Moldavia, y Chechenia, reconquistada por la fuerza. La distinción entre reintegración pacífica y forzosa marca dos modos cualitativamente distintos de un mismo desenlace.

El marco tiene una doble función, pues este estudio también lo cuestiona en su dimensión predictiva. En 2020, el modelo situaba a las repúblicas del Donbás, Transnistria y Osetia del Sur en la vía de la reintegración o la absorción, y señalaba a Nagorno-Karabaj y, sobre todo, a Abjasia como las de mejores posibilidades de obtener reconocimiento al modo de Mongolia (Kopeček y Hoch, 2020, p. 298). La eliminación de Nagorno-Karabaj en 2023 contradice aquella expectativa, anomalía que este trabajo toma como punto de partida.

f. Marco analítico propio

La integración de los conceptos expuestos da lugar a cinco dimensiones comparables. La cohesión interna unifica la construcción nacional en su variante positiva (Kolstø, 2006) y su deterioro según los cinco factores de Aliyev (2020). El patrón se disocia en capacidad y voluntad (Kolstø, 2024; Caspersen y Gueudet, 2025). El Estado matriz, reverso del anterior, atiende a su capacidad y voluntad de reabsorber el territorio, ya que pueden recuperarse con el tiempo. El detonante recoge la coyuntura —crisis, giro geopolítico— que determina el colapso. Por último, el modo del final retoma la tipología de vías de salida (Kopeček, 2020d; Kopeček y Hoch, 2020). El detalle de estas dimensiones y su operacionalización se recoge en el apartado de metodología.

El marco distingue el resultado —la supervivencia o la desaparición— del modo del final para comprobar, por un lado, la dependencia del primero respecto de la conjunción del patrón y del Estado matriz, y la vinculación del segundo con la cohesión interna. A su vez, el patrón queda disociado en capacidad y voluntad con el propósito de demostrar que su ausencia y su desamparo son funcionalmente equivalentes en el momento decisivo de enfrentamiento con el Estado matriz. Estos matices permiten

cuestionar las tesis más difundidas sobre el ciclo de vida, que vinculan la desaparición ante todo al fracaso interno (Kopeček y Hoch, 2020).

De las dimensiones expuestas se derivan las proposiciones que vertebran el trabajo (véase «Objetivos y preguntas»), contrastadas a partir de los dos únicos Estados de facto postsoviéticos eliminados —Nagorno-Karabaj y la Chechenia de Ichkeria—.

5. OBJETIVOS Y PREGUNTAS

El problema planteado —la desaparición por reintegración forzosa de dos Estados de facto que comparten origen y desenlace, pero que llegan a él por trayectorias opuestas— ordena los objetivos, las preguntas y las hipótesis que se exponen a continuación. El estudio persigue un objetivo general, desglosado en cinco objetivos específicos, y articula la indagación en torno a una pregunta principal y tres secundarias, a las que responden tres hipótesis de trabajo derivadas de la literatura sobre la sostenibilidad y el fracaso de estas entidades.

a. Objetivo general

Explicar, mediante un análisis comparado de casos, por qué se produjo la desaparición por reintegración forzosa de la República Chechena de Ichkeria (2000) y de la República de Nagorno-Karabaj (2023) —los dos únicos Estados de facto de la primera generación postsoviética que han corrido esa suerte— y, en particular, determinar si el fracaso interno constituye una condición necesaria de tal desenlace o si basta con la inversión de los factores externos para provocarlo.

b. Objetivos específicos

1. Reconstruir, mediante *process tracing*, la cadena causal que condujo a cada caída.
2. Determinar el peso relativo de los factores internos (tribalismo, caudillismo, fragmentación ideológica, economía) y externos (capacidad del Estado matriz, existencia y fiabilidad del patrón, coyuntura internacional) en cada caso.
3. Contrastar la tesis de Souleimanov según la cual los factores de éxito de los Estados de facto no son condiciones estáticas.
4. Revisar críticamente la teoría del «ciclo de vida» de los Estados de facto y la predicción fallida de Hoch y Kopeček (2020) sobre la República de Nagorno-Karabaj.

c. Preguntas de investigación

Pregunta principal: ¿Es el fracaso interno una condición necesaria para la desaparición de un Estado de facto, o basta con la inversión de los factores externos —recuperación del Estado matriz y colapso del patrón— para provocarla?

- a) ¿Qué peso relativo tuvieron los factores internos y los externos en cada caso?
- b) ¿Confirman o refutan ambos casos la tesis de Souleimanov de que los factores de éxito no son estáticos?

d. Hipótesis

- H1. El fracaso interno acelera la reintegración forzosa, pero no es condición necesaria: la pérdida simultánea de la protección del patrón y de la debilidad del Estado matriz basta para la desaparición (Nagorno-Karabaj).
- H2. La ausencia de patrón (Chechenia) y el abandono por el patrón (Nagorno-Karabaj) son funcionalmente equivalentes en el momento decisivo, pues ambos dejan al Estado de facto solo frente a un Estado matriz militarmente superior.
- H3. La cohesión interna determina el modo del final, no el resultado: la fragmentación chechena ofreció a Rusia un pretexto y aliados internos para el desarrollo de un conflicto civil; en cambio, el final de Nagorno-Karabaj —Estado de facto caracterizado por una construcción nacional vigorosa— adoptó la forma de capitulación negociada, autodisolución y éxodo.

6. METODOLOGÍA

Este trabajo adopta un diseño cualitativo y comparado de estudio de caso orientado a la contrastación de proposiciones causales sobre la desaparición de los Estados de facto. Frente a estrategias de corte extensivo o correlacional, que persiguen establecer regularidades estadísticas a través de un gran número de casos, aquí se opta por un enfoque intensivo (Gerring, 2007), cuyo valor reside en la profundidad analítica con que permite reconstruir, dentro de cada caso, los procesos que conducen al resultado. Con todo, la investigación no se limita a describir cada caída, sino que su finalidad última es someter a prueba una proposición teórica de alcance general —si el fracaso interno constituye o no una condición necesaria para la desaparición de un Estado de facto— a partir del examen detallado de dos casos.

Esta orientación se inscribe en la tradición del *process tracing*, entendido como el método que permite realizar inferencias causales a partir del examen detallado de la secuencia de acontecimientos, mecanismos y condiciones que vinculan unas causas hipotéticas con un resultado observado dentro de un mismo caso (Collier, 2011; George y Bennett, 2005). A diferencia de los métodos estadísticos, que infieren la causalidad a partir de que la causa y el efecto varían de manera conjunta en un gran número de casos, el *process tracing* la establece reconstruyendo, dentro de un mismo caso, la secuencia concreta de acontecimientos y mecanismos que conduce de la causa al resultado. No se conforma, pues, con constatar que causa y efecto aparecen asociados, sino que muestra el proceso intermedio por el que la primera llega a producir el segundo (Bennett y Checkel, 2015). Entre las variantes de *process tracing* que distinguen Beach y Pedersen (2019) —orientado a probar teorías (*theory-testing*), orientado a construir teorías (*theory-building*) y orientado a explicar resultados (*explaining-outcome*)—, este trabajo se sitúa fundamentalmente en la primera. Por tanto, el caso no constituye un fin en sí mismo, sino el medio para evaluar proposiciones teóricas de alcance general sobre la sostenibilidad y el fracaso de los Estados de facto (Beach y Pedersen, 2019). A partir de la literatura existente —el modelo de factores de supervivencia de Kolstø (2006), los cinco factores de fracaso de Aliyev y la literatura sobre el declive del patrón (Kolstø, 2024; Caspersen y Guedet, 2025)— se derivan hipótesis explícitas que se contrastan después con la evidencia de cada caso. En coherencia con esta variante, el *process tracing* se emplea aquí para verificar si los mecanismos causales postulados por la teoría están presentes y operan del modo esperado en cada caída, abriendo así la posibilidad de confirmar, matizar o refutar dichas proposiciones (Bennett y Checkel, 2015). El interés analítico no se agota, pues, en la reconstrucción de cada caso, sino en lo que ambos revelan sobre las condiciones bajo las cuales un Estado de facto desaparece. A esta finalidad principal de contrastación se añade un objetivo secundario de carácter inductivo, ya que, a la luz de los resultados, las conclusiones revisan críticamente la teoría del «ciclo de vida» de estas entidades y extraen implicaciones para los casos aún supervivientes.

Así las cosas, la selección de Chechenia y Nagorno-Karabaj no responde a un muestreo aleatorio, sino a una elección deliberada debido a su idoneidad para realizar una comparación conforme al diseño denominado «sistemas más semejantes» (*most similar systems*), como se ha explicado *supra*. Metodológicamente, éste combina el *process tracing* dentro de cada caso con una comparación estructurada y focalizada (*structured*,

focused comparison) entre ambos (George y Bennett, 2005). Es estructurada porque se formulan las mismas preguntas y se examinan las mismas dimensiones —cohesión interna, patrón, Estado matriz, detonante y modo del final— en los dos casos; y es focalizada porque el análisis se concentra en los factores teóricamente relevantes para la pregunta de investigación, y no en una descripción exhaustiva de cada conflicto.

Tabla 1

Dimensión	Qué capta	Origen teórico
Cohesión interna	Grado de integración nacional y ausencia de fracaso interno; gobierna el modo del final	Kolstø, 2006; Aliyev, 2020
Patrón (capacidad / voluntad)	Si el patrón <i>puede</i> proteger al cliente y si <i>quiere</i> hacerlo	Kolstø, 2024; Caspersen y Gueudet, 2025
Estado matriz	Capacidad y voluntad del Estado matriz de reabsorber el territorio	Kolstø, 2006 (inversión del factor)
Detonante	Acontecimiento o coyuntura que abre la ventana de oportunidad (crisis, giro geopolítico)	Caspersen y Gueudet, 2025; Kolstø, 2024
Modo del final	Vía de salida: reconocimiento / absorción por el patrón / reintegración (pacífica o forzada)	Kopeček, 2020d; Kopeček y Hoch, 2020

El rastreo de cada supuesto aporta el sustrato fáctico de los mecanismos en funcionamiento, y la comparación estructurada de estos permite contrastar el peso del que efectivamente gozaron en cada desenlace. A efectos de su reconstrucción, se recurre a una combinación de fuentes: literatura académica especializada sobre los Estados de facto y sobre cada conflicto, informes de centros de análisis e instituciones, y la documentación disponible acerca de la cronología de los acontecimientos. La combinación y contraste de estos tipos de fuentes busca incrementar la solidez de las inferencias realizadas y minimizar los sesgos asociados a su consideración independiente.

Con todo, el modelo elegido implica asumir ciertas limitaciones. En primer lugar, el reducido número de casos restringe la validez externa de las conclusiones: dos casos permiten contrastar y afinar las proposiciones teóricas, pero no establecer verdades

generalizables al conjunto del universo de Estados de facto, por lo que los resultados deben entenderse como hipótesis robustecidas antes que como leyes confirmadas (George y Bennett, 2005). En segundo lugar, la calidad de la reconstrucción causal depende de la disponibilidad y la fiabilidad de las fuentes, desigual entre ambos casos debido al carácter reciente del colapso de Nagorno-Karabaj, y condicionada por el recurso exclusivo a artículos y monografías que se basan en fuentes documentales afectadas por la politización característica de un contexto de conflicto. Todo ello, sin embargo, se ha tenido en cuenta al calibrar el alcance de las conclusiones.

7. ANÁLISIS Y DISCUSIÓN

a. Caso 1: La República Chechena de Ichkeria

Tras un golpe fallido en agosto de 1991, Dudayev proclamó la independencia y, en diciembre de 1994, una invasión rusa de más de 40.000 efectivos desencadenó la primera guerra chechena. La retirada de Moscú en otoño de 1996 y el acuerdo de Jasaviurt, que aplazó la decisión sobre el estatuto que había de tener el enclave, pusieron fin al conflicto (Study of Internal Conflict, 2024, p. 1; Souleimanov, 2020b, pp. 262–263; Merlin, 2012, pp. 221–222). De aquella victoria surgió la República Chechena de Ichkeria, gestada en una coyuntura bélica, económicamente inviable y sin patrón externo que la protegiera, al igual que tantas entidades de facto (Souleimanov, 2020b, p. 270). Aslan Maskhadov, jefe del Estado Mayor durante la contienda y figura moderada, fue elegido presidente en enero de 1997 con cerca del 60 % de los votos, frente al 23 % de Basaev (Merlin, 2012, p. 228).

Con todo, aquella aparente cohesión inicial se desvaneció durante el período interbélico (1996–1999), debido a la conjunción de los factores de fracaso interno que la literatura asocia a estos entes (Aliyev, 2020). Destaca, en primer lugar, el tribalismo. En un país en ruinas —hacia 1996, hasta el 70 % del parque inmobiliario se hallaba destruido o dañado, y existía un desempleo que rozaba el 100 % entre los jóvenes—, el clan resurgió como única fuente de seguridad social y, con él, una preeminencia del interés particular que paralizó las instituciones y desvió los escasos fondos, hasta el punto de que el propio Maskhadov terminó nombrando a parientes para sostener su política (Souleimanov, 2020b, pp. 263–265). A ello se sumó el elemento del caudillismo. Maskhadov, incapaz de instalar a todos los jefes de guerra en la estructura gubernamental debido al carácter limitado de los recursos, toleró la consolidación de «feudos» cuyos titulares reconocían su autoridad de manera sólo simbólica —invocando «la supremacía de Alá»— y se

financiaban con secuestros y explotación ilegal del petróleo. Tanto es así que el presidente controlaba directamente apenas el 60 % del territorio (Souleimanov, 2020b, pp. 265–266; Merlin, 2012, pp. 230–231). Sin embargo, el factor asociado a la fragmentación ideológica fue el que mayor peso tuvo en este proceso de fragmentación interna. Si bien el islam había constituido un componente marginal en un movimiento de raíz nacionalista (Wilhelmsen, 2005, pp. 35–36), el aislamiento empujó a varios caudillos encabezados por Basaev a adoptar un salafismo yihadista importado del exterior; concretamente, de las redes islámicas, que ofrecían recursos y combatientes (Wilhelmsen, 2005, pp. 38–40; Souleimanov, 2020b, p. 266). De este modo, emanaron dos facciones opuestas: nacionalistas sufíes frente a salafistas, y, aunque los wahhabíes apenas representaban entre el 5 % y el 10 % de la población, su cohesión y financiación los convirtieron en una fuerza política en absoluto desdeñable (Souleimanov, 2006, p. 59). Las fricciones entre ellas desembocaron en los combates de Gudermes de junio de 1998, lo que empujó a un Maskhadov acorralado a proclamar la sharía plena en febrero de 1999, medida que, al socavar la Constitución sobre la que se sostenía su mandato, erosionó su propia legitimidad sin satisfacer a los radicales (Souleimanov, 2006, pp. 60–61; Souleimanov, 2020b, p. 267). Todo ello se asentaba, además, sobre una deficiencia económica estructural, ya que la economía formal estaba destruida, el crudo se exportaba ilegalmente al margen del gobierno, sólo en torno al 10 % de la población tenía empleo legal, y Moscú condicionaba la ayuda a la subordinación. Por este motivo, los radicales, financiados desde el exterior, gozaban de capacidad para sostener sus milicias, mientras el presidente, por el contrario, carecía de medios para contrarrestarlos (Souleimanov, 2020b, pp. 268–269; Wilhelmsen, 2005, pp. 47–48). Hacia el final de la década, la conjunción de estos factores había convertido a Chechenia en un ente fallido (Souleimanov, 2020b, pp. 268, 270). A la descomposición interna, se sumaba la circunstancia de que Chechenia nunca dispuso de un protector externo, a diferencia de otros Estados de facto. Si bien la comunidad internacional simpatizó con los chechenos, nunca apoyó explícitamente su independencia (Souleimanov, 2020b, p. 270). Aparte, la financiación yihadista no equivalía a un patronazgo estatal, pues se canalizaba hacia caudillos concretos —no hacia Maskhadov—, lo que reforzaba la fragmentación en lugar de la estatalidad (Wilhelmsen, 2005, pp. 45, 52).

Por otra parte, la fragilidad que la Federación Rusa había exhibido en la primera guerra se acabó revirtiendo gracias a la reorganización de su ejército, a la recuperación

de su capacidad militar y al ascenso de Putin, que decidió abordar la cuestión chechena con una estrategia más firme que la de Yeltsin, basada en el rechazo a negociar y la negación de la condición de Maskhadov de presidente legítimo (Souleimanov, 2020b, p. 270; Wilhelmsen, 2005, pp. 49, 52). Asimismo, la propia fragmentación chechena dotó a Moscú de aliados internos, como Kadýrov (Merlin, 2012, pp. 232, 235). Por todo ello, en vísperas de la segunda guerra, el Estado matriz era ya capaz y estaba dispuesto a reabsorber el territorio. Su desencadenante fue, en primer lugar, la incursión de agosto de 1999, en que una fuerza salafista checheno-daguestaní de entre 1.500 y 2.000 combatientes, dirigida por los señores de guerra Basaev y Khattab, invadió Daguestán para instigar una rebelión regional y proclamar un Estado islámico, sin que la población local los acogiera (Souleimanov, 2020b, p. 269; Souleimanov, 2006, pp. 63–64; Merlin, 2012, p. 235). Maskhadov, pese a condenarla, carecía de capacidad real para perseguir y castigar a sus responsables. En segunda instancia, los atentados de septiembre contra edificios residenciales en varias ciudades rusas, atribuidos a los chechenos, generaron un gran rechazo en la opinión pública, y constituyeron, junto el episodio anterior, el pretexto que empleó Moscú para reactivar el conflicto armado, lo que dio lugar a la segunda guerra chechena en octubre de 1999. (Wilhelmsen, 2005, p. 49; Souleimanov, 2020b, p. 269). En definitiva, una serie de caudillos autónomos con agenda yihadista, sustraídos al control del presidente, originaron el *casus belli* que un Estado matriz ya capaz y dispuesto supo aprovechar. En este contexto, Rusia optó desde el inicio por una ofensiva a gran escala —en lugar de aliarse con Maskhadov— y consiguió restablecer su autoridad en el enclave de manera plena en mayo de 2000 (Souleimanov, 2020b, p. 270; Study of Internal Conflict, 2024, p. 3). El carácter violento del desenlace se explica precisamente por la fragmentación, que ofreció a Moscú un pretexto y aliados internos para un conflicto de tintes civiles antes que para una capitulación negociada (Merlin, 2012, pp. 235–236).

b. Caso 2: La República de Nagorno-Karabaj

A diferencia de Chechenia, la República de Nagorno-Karabaj llegó al tramo final de su existencia como el más consolidado de los Estados de facto postsoviéticos. Tras el congelamiento del conflicto en 1994, había desarrollado estructuras políticas, judiciales y militares propias, unas fuerzas armadas eficaces y un grado notable de agencia frente a su patrón (Yemelianova, 2023). Su cohesión interna descansaba sobre los mecanismos clásicos de construcción nacional —la memoria de la guerra fundacional, la imagen del

enemigo azerbaiyano y la homogeneización demográfica del enclave—, reforzados por el respaldo de una influyente diáspora armenia (Caspersen y Gueudet, 2025). Esa solidez importa porque convierte a Nagorno-Karabaj en el reverso empírico de la República Chechena de Ichkeria, a saber: una entidad que no fracasó internamente y que, pese a ello, desapareció. La cadena causal que condujo a su final no parte, por tanto, de una descomposición interna, sino de la inversión simultánea de los dos factores externos que la habían sostenido —la protección del patrón y la debilidad del Estado matriz—, cuyo desencadenante fue la guerra de 2020.

Conviene precisar sobre qué se asentaba esa solidez, pues su alcance es lo que mide la magnitud de la posterior inversión. Tras superar la fase inicial de caudillismo y economía de guerra —dominada por figuras como Samvel Babayan, cuya red de poder paralelo fue desmantelada por el gobierno civil en torno al año 2000—, Nagorno-Karabaj emprendió un proceso de construcción institucional que en la primera década del siglo XXI lo dotó de una constitución aprobada en referéndum (2006), de un sistema de partidos pluralista, aunque imperfecto, y de elecciones genuinamente competitivas; de ahí que fuera clasificado, al igual que Abjasia, en la categoría de «parcialmente libre» por Freedom House (Kopeček, 2020a). Esa democratización obedecía en parte a una estrategia de «democratización para el reconocimiento», pero fue además asumida por una sociedad civil, que la entendía como prolongación del proyecto nacional (Kopeček, 2020a). El producto fue un «régimen de cuestión única» (*single-issue regime*) en el que la supervivencia frente a Azerbaiyán operaba como emergencia permanente a la que la competencia interna se subordinaba de tal modo que los desacuerdos políticos solían posponerse en aras de proteger la unidad nacional (Kopeček, 2020a). A ello también contribuía una homogeneización demográfica casi total: el censo de 2005, una vez que la población azerí y kurda del enclave y del «cinturón de seguridad» había huido o había sido expulsada durante la guerra fundacional, registraba un 99,74 % de población armenia, lo que eliminó la heterogeneidad étnica como posible línea de fractura (Kopeček, 2020a).

Esa cohesión era, además, inseparable del singular vínculo que unía a la entidad con Ereván. Para Armenia, Nagorno-Karabaj no era un cliente instrumental al uso, sino un *kin-state* al que la unían lazos étnicos y un deber moral de asistencia, reforzados por la «karabajización» de la historiografía armenia. Ésta, frente al papel marginal de otras zonas de población étnica similar, erigió al enclave en mito para el relato nacional

(Kopeček, 2020b, 2020c). Como consecuencia, la relación entre ambas entidades trascendía la lógica de una subordinación unilateral. Durante más de dos décadas, representantes del denominado «clan de Karabaj», encabezado por Robert Kocharyan y Serzh Sargsyan, ocuparon las más altas magistraturas de Armenia. Al mismo tiempo, los dirigentes de Stepanakert podían movilizar la sensibilidad de la opinión pública armenia para influir sobre las decisiones de Ereván en materia de seguridad. Más que una relación de tutela estricta, se configuró así una dinámica de dependencia mutua en la que la influencia política operaba en ambas direcciones (Kopeček, 2020c). Sin embargo, esta reciprocidad coexistía con una profunda dependencia estructural. Armenia absorbía el 82,3 % de las exportaciones y suministraba el 95,9 % de las importaciones de Nagorno-Karabaj; la entidad carecía de banco central y utilizaba el dram armenio como moneda; su representación exterior recaía en Ereván; y, en el ámbito militar, aunque el Ejército de Defensa de Karabaj constituía una fuerza autónoma y relativamente eficaz, incorporaba personal y equipamiento armenios y dependía en última instancia del patrón como garante de su seguridad (Kopeček, 2020c). De hecho, la propia creación de la entidad habría resultado inviable sin el respaldo material y militar de aquel, manifestado en la apertura del corredor de Lachin, el envío de voluntarios y, en la fase final de la guerra, la participación de unidades regulares (Kopeček, 2020b).

Con ocasión de la Segunda Guerra del Karabaj en otoño de 2020, el Estado matriz demostró haber abandonado su debilidad previa. Así, Azerbaiyán, que nunca había aceptado la pérdida del territorio, financió con sus ingresos petroleros una modernización militar integral y desplegó armamento ruso, israelí y, sobre todo, turco (Yemelianova, 2023), lo que le permitió recuperar en el lapso de un mes y medio más de dos tercios del territorio del enclave. Por otro lado, Armenia, *kin-state* y patrón directo, demostró que ya no podía proteger a su cliente, lo que le condujo a la retirada de sus fuerzas (Caspersen y Gueudet, 2025). En el vacío resultante, Rusia, que ya era patrón de la propia Armenia, pasó a ser el principal garante de seguridad del enclave a través de un contingente formado por 2.000 pacificadores, configurando de esta manera un patronazgo «anidado» (Caspersen y Gueudet, 2025; Kolstø, 2024). Stepanakert intentó aproximarse a su nuevo patrón —llegó a oficializar el ruso como lengua y a presentarse como parte del «mundo ruso»—, pero carecía de influencia alguna sobre él (Caspersen y Gueudet, 2025). En cuanto a la deriva posterior adoptada por el patrón original, en abril de 2022 el primer ministro Pashinyan anunció que la comunidad internacional pedía a Ereván rebajar sus

exigencias sobre el estatus del territorio, y en mayo de 2023 declaró expresamente que Armenia estaba dispuesta a reconocer Nagorno-Karabaj como parte de Azerbaiyán (Caspersen y Gueudet, 2025). Este giro radical de intenciones generó una desconfianza tal que —con independencia de la capacidad— vació de contenido la protección del patrón. Aun así, la afectividad etnonacional que unía a cliente y patrón siguió aprisionando a Stepanakert, cuya legitimidad interna y cuyo apoyo de la diáspora dependían de la narrativa pan-armenia, lo que le impidió romper con Ereván (Caspersen y Gueudet, 2025).

A raíz de la invasión de Ucrania que tuvo lugar en febrero de 2022, Bakú interpretó con acierto que Moscú estaba demasiado absorbido para responder con firmeza (Kolstø, 2024) a un ataque perpetrado contra su cliente. Tal sospecha se confirmó en diciembre de ese año, cuando Azerbaiyán, a través del bloqueo del corredor de Lachin —única vía que unía el enclave con Armenia— cortó el paso de personas, alimentos y combustible, pese a constituir una violación flagrante del alto el fuego de 2020, y los pacificadores rusos no intervinieron (Kolstø, 2024). La consecuencia de esta pasividad fue la pérdida de la reputación de Rusia en su condición de garante para el elenco restante de los Estados de facto, independientemente de que reposara en una falta de capacidad o de voluntad (Kolstø, 2024). El desenlace se produjo el 19 y 20 de septiembre de 2023, cuando Azerbaiyán lanzó una ofensiva relámpago que destruyó las fuerzas del enclave en apenas veinticuatro horas (Kolstø, 2024). Sin capacidad militar para la resistencia y sin garante externo, no existía alternativa a la rendición. El resultado fue la desaparición de la entidad, pero por medio de una capitulación negociada bajo la tutela del contingente ruso, una autodisolución formal —el decreto del presidente Shahramanyan, de 28 de septiembre, disolvía legalmente el Estado de facto a partir del 1 de enero de 2024—, y un éxodo masivo y ordenado de la práctica totalidad de la población armenia, más de la mitad de la cual había abandonado el enclave en los días previos (Centre for Eastern Studies, 2023). Tanto Armenia como Rusia se desvincularon de la entidad; no obstante, su caída desató una grave crisis política interna en la primera y una fricción sin precedentes entre ambos países (Centre for Eastern Studies, 2023).

c. Análisis comparado

La reconstrucción separada de ambas caídas ha mostrado dos trayectorias que, partiendo de configuraciones internas opuestas, confluyen en un mismo desenlace. Procede ahora confrontarlas de manera sistemática. Conforme al diseño de «sistemas más semejantes»

expuesto en la metodología, la comparación no persigue repasar de nuevo cada caso dimensión por dimensión, sino aprovechar su contraste para extraer inferencias entre casos. Las dos entidades comparten origen —Estados de facto postsoviéticos de primera generación—, vía de salida —la reintegración forzosa en su Estado matriz— y la inversión de los factores externos que las habían sostenido; difieren, en cambio, en el grado de cohesión interna y en el modo concreto en que se consumó su final. Esta combinación de semejanzas y diferencias permite separar analíticamente lo que explica el resultado —la desaparición misma, gobernada por la conjunción del patrón y del Estado matriz— de lo que explica el modo del final —la forma que esa desaparición adopta, gobernada por la cohesión interna—. La tabla siguiente sintetiza la posición de cada caso en las cinco dimensiones del marco analítico y sirve de base para la discusión posterior.

Tabla 2

Síntesis comparada de los dos casos según las cinco dimensiones del marco analítico

Dimensión	República Chechena de Ichkeria	República de Nagorno-Karabaj
Cohesión interna	Baja. Tribalismo, caudillismo y fragmentación ideológica (yihadismo salafista) convierten a la entidad en un ente fallido (1996–1999).	Alta. Homogeneidad demográfica casi total, régimen de cuestión única y construcción nacional vigorosa; sin fracaso interno.
Patrón (capacidad / voluntad)	Inexistente. Nunca dispuso de patrón estatal; la financiación yihadista alimentó a caudillos concretos, no al gobierno.	Presente, pero anulado. Armenia falla por capacidad (2020) y luego por voluntad (giro de Pashinyan, 2022–2023); Rusia, patrón sustituto, permanece inerte.
Estado matriz	Rusia recupera capacidad y voluntad tras la primera guerra (reorganización militar, ascenso de Putin).	Azerbaiyán recupera capacidad (modernización con renta petrolera y apoyo turco) y conserva la voluntad de reconquista.
Detonante	Incursión en Daguestán (ago. 1999) y atentados atribuidos (sept. 1999): pretexto para la segunda guerra.	Guerra de 2020; distracción rusa por Ucrania (2022) y bloqueo de Lachin (dic. 2022); ofensiva relámpago (sept. 2023).

Dimensión	República Chechena de Ichkeria	República de Nagorno-Karabaj
Modo del final	Reintegración forzosa por vía bélica , con tintes de conflicto civil (mayo 2000).	Reintegración forzosa por capitulación negociada, autodisolución y éxodo masivo (sept. 2023–ene. 2024).

En primer lugar, procede dar respuesta a la pregunta principal del trabajo: si el fracaso interno constituye una condición necesaria de la desaparición o si basta con la inversión de los factores externos para provocarla. El emparejamiento de los casos ofrece aquí una prueba especialmente nítida, pues mantiene constante el resultado —la reintegración forzosa— y hace variar al máximo la cohesión interna. Si el fracaso interno fuera condición necesaria del final, una entidad internamente cohesionada no debería desaparecer por esta vía. Nagorno-Karabaj refuta esa expectativa: alcanzó el tramo final de su existencia como el más consolidado de los Estados de facto postsoviéticos —dotado de instituciones propias, de una homogeneidad demográfica casi total y de una construcción nacional vigorosa— y, pese a no haber fracasado internamente, desapareció (Yemelianova, 2023; Kopeček, 2020b). No en vano, el modelo del ciclo de vida lo había situado pocos años antes entre las entidades más viables (Hoch y Kopeček, 2020). Chechenia, en el extremo opuesto, sí se había transformado en un ente fallido por la conjunción del tribalismo, el caudillismo y la fragmentación ideológica antes de su reconquista (Souleimanov, 2020b; Aliyev, 2020). Que dos entidades situadas en polos contrarios del eje de la cohesión compartan idéntico desenlace demuestra que el fracaso interno no es la variable que determina el resultado: pudo acelerar y agravar la caída chechena, pero no fue su condición necesaria, como prueba la desaparición de un Nagorno-Karabaj que no lo padeció.

Si la cohesión interna no explica el resultado, conviene preguntar qué lo explica. El denominador común de ambas caídas se sitúa en las dos dimensiones externas. En ambos supuestos, el Estado matriz revirtió la debilidad que había permitido el surgimiento del enclave. Rusia, derrotada en la primera guerra chechena, reorganizó sus fuerzas y, con el ascenso de Putin, recuperó tanto la capacidad militar como la voluntad política de reabsorber el territorio (Souleimanov, 2020b; Wilhelmsen, 2005). Azerbaiyán, que nunca había aceptado la pérdida del enclave, financió con su renta petrolera una modernización militar integral respaldada por Turquía e Israel, y mantuvo intacta su voluntad de

reconquista (Yemelianova, 2023). Por tanto, en ambos casos se invirtió el tercer factor de sostenibilidad de Kolstø (2006) —la debilidad del Estado matriz—, lo que confirma que dicho factor no es una condición estática, sino una variable susceptible de recuperarse con el tiempo (Aliyev, 2020; Souleimanov, 2020b). Esta evolución responde, además, a la pregunta secundaria sobre el carácter dinámico de los factores de éxito: ni la supervivencia ni el final dependen de un estado fijo de tales factores, sino de su transformación a lo largo del ciclo de vida de la entidad.

Conviene precisar los factores que sostenían a cada entidad antes de su caída, pues revelan los motivos por los que ambas terminaron del mismo modo. La supervivencia de un Estado de facto exige, cuando menos, una de dos condiciones externas: un patrón comprometido o un Estado matriz incapaz de reconquistar (Kopeček, 2020a). Cada caso descansaba sobre un pilar distinto. Chechenia, que nunca tuvo patrón, subsistió únicamente mientras Rusia permaneció debilitada tras la primera guerra. Su independencia de facto dependía íntegramente, pues, de la incapacidad transitoria del Estado matriz. Nagorno-Karabaj, por el contrario, se apoyaba sobre todo en su patrón armenio, frente a un Azerbaiyán todavía contenido. De ahí se sigue una asimetría esclarecedora: para que Chechenia desapareciera bastó con que se recuperase su Estado matriz, mientras que la caída de Nagorno-Karabaj requirió la inversión simultánea de los dos factores externos —la pérdida de la protección del patrón y la recuperación del Estado matriz—, tal como enuncia la primera hipótesis.

A esa recuperación del Estado matriz se sumó la ausencia efectiva de protección externa en el momento decisivo, aunque por caminos distintos. Aquí adquiere todo su sentido la división de la variable patrón en capacidad y voluntad. Chechenia nunca dispuso de un patrón estatal —capacidad nula—. la simpatía internacional no se tradujo en respaldo, y la financiación yihadista se canalizaba hacia caudillos concretos, no hacia el gobierno de Maskhadov, de modo que reforzaba la fragmentación en lugar de la estatalidad (Souleimanov, 2020b; Wilhelmsen, 2005). Nagorno-Karabaj, en cambio, contaba con un patrón —incluso con dos de manera sucesiva—, pero ninguno lo protegió. Armenia falló primero por capacidad, al desmoronarse su defensa en 2020 ante un Azerbaiyán superior, y después por voluntad, lo cual se tradujo en el giro del primer ministro Pashinyan en 2022-2023 (Caspersen y Gueudet, 2025; Kolstø, 2024). Rusia, patrón sustituto a partir de 2020, no intervino ni ante el bloqueo del corredor de Lachin ni ante la ofensiva final, debido a la dedicación de todos sus esfuerzos bélicos en la guerra

de Ucrania (Kolstø, 2024). El resultado de ambas configuraciones fue idéntico: el cliente quedó solo frente a un Estado matriz militarmente superior. Que esa soledad procediera de la inexistencia del patrón (Chechenia) o de la anulación de su voluntad y de la pasividad de su sustituto (Nagorno-Karabaj) resultó indiferente para el desenlace. Queda así confirmada la segunda hipótesis: la ausencia de patrón y el abandono por el patrón son funcionalmente equivalentes en el momento decisivo, pues ambos privan a la entidad de la garantía de seguridad que necesita para subsistir (Kolstø, 2024).

La comparación de ambos patrones añade un matiz que refuerza esa equivalencia. El vínculo de Nagorno-Karabaj con Ereván no era el de un cliente instrumental, sino el de un *kin-state* unido por una afectividad de base étnica, lo que durante tres décadas le procuró una agencia y una consolidación muy superiores a las de Chechenia. Sin embargo, esa misma fortaleza era el reverso de una dependencia estructural casi absoluta —monetaria, comercial, diplomática y militar— que no dejó al cliente recurso propio alguno con el que compensar la retirada del patrón (Kopeček, 2020c). La afectividad pan-armenia, fuente de fuerza mientras el patrón protegía, acusó la fragilidad del Estado de facto al invertirse el escenario, puesto que la narrativa etnonacional de la que dependía su legitimidad le impedía romper con Armenia, que ya no podía ni quería defenderlo (Caspersen y Gueudet, 2025). De este modo, la mayor cohesión y agencia de Nagorno-Karabaj no se tradujeron en una mayor capacidad de resistencia autónoma.

La dimensión del detonante completa las variables relativas al resultado. En ambos casos, la inversión de los factores externos había creado una coyuntura de vulnerabilidad estructural que un acontecimiento concreto precipitó hacia el colapso. En Chechenia, la incursión de caudillos autónomos en Daguestán en agosto de 1999 y los atentados atribuidos a los chechenos el mes siguiente proporcionaron a Moscú el pretexto para reactivar el conflicto (Souleimanov, 2020b; Merlin, 2012). En Nagorno-Karabaj, los acontecimientos comenzaron con la guerra de 2020, a lo que siguió la invasión de Ucrania en 2022 y el bloqueo de Lachin. Todo ello confirmó a Bakú que podía actuar sin respuesta del garante (Kolstø, 2024). El detonante difiere en su naturaleza —una provocación interna en un caso, una oportunidad geopolítica en el otro—, pero cumple en ambos la misma función: no crea las condiciones del fracaso, sino que activa una correlación de fuerzas que implican la desaparición (Aliyev, 2020, pp. 254-255).

Si el resultado fue común, el modo en que se alcanzó fue diametralmente opuesto, y es precisamente la dimensión que no explicaba el resultado —la cohesión interna— la

que da cuenta de esa diferencia. Constante el desenlace —la reintegración forzosa—, la variación en el modo se corresponde punto por punto con la variación en la cohesión interna, lo que permite aislar su efecto sobre la forma del final. En Chechenia, la fragmentación interna no se limitó a debilitar la entidad, sino que definió el carácter de su final. Por un lado, fue la propia descomposición —los caudillos salafistas sustraídos al control de Maskhadov— la que generó el *casus belli*, pues la incursión en Daguestán partió de actores que el presidente no podía perseguir ni castigar (Souleimanov, 2020b; Souleimanov, 2006). Por otro, esa misma fragmentación ofreció a Rusia aliados internos (Merlin, 2012). Ello desembocó en una ofensiva a gran escala que adoptó los rasgos de un conflicto de tintes civiles. En cambio, en Nagorno-Karabaj, la elevada cohesión interna produjo el efecto inverso. La homogeneidad demográfica casi total y el régimen de cuestión única —en el que la competencia política se subordinaba a la supervivencia nacional— no dejaron a Azerbaiyán fractura alguna que explotar ni colaboradores internos a los que recurrir (Kopeček, 2020b). Ante la ofensiva relámpago de septiembre de 2023, la entidad no se descompuso en facciones enfrentadas, lo que condujo a una capitulación negociada bajo la tutela del contingente ruso, una autodisolución formal — el decreto del presidente Shahramanyan, que extinguía legalmente la entidad a partir del 1 de enero de 2024— y un éxodo masivo y ordenado de la práctica totalidad de la población armenia (Centre for Eastern Studies, 2023; Kolstø, 2024). La misma cohesión que no pudo prevenir la desaparición imprimió a ésta la forma de una salida colectiva y negociada. Así las cosas, el contraste entre ambos modos confirma la tercera hipótesis. Conviene subrayar la paradoja que de ello se sigue: la cohesión interna, que el modelo del ciclo de vida cuenta entre los factores de supervivencia (Kolstø, 2006; Hoch y Kopeček, 2020), no salvó a Nagorno-Karabaj; únicamente dignificó su final.

En definitiva, el emparejamiento de los dos casos funciona como una comparación controlada que distingue los condicionantes del resultado de los del modo. Manteniendo constante la vía de salida —la reintegración forzosa— y haciendo variar la cohesión interna, se comprueba que ésta no incide en el resultado, sino en su forma. Manteniendo presente esa variación interna y observando que el resultado se repite, se comprueba que el factor del que depende es la conjunción externa del patrón ausente y el Estado matriz recuperado.

8. CONCLUSIÓN Y PROPUESTAS

La investigación partió de una inversión de la pregunta que tradicionalmente ha guiado el estudio de los Estados de facto. Si durante décadas la literatura se interrogó sobre cómo sobreviven estas entidades pese a carecer de reconocimiento internacional, la desaparición de Nagorno-Karabaj, en 2023 —y, antes, la de la Chechenia, en 2000— obligaba a preguntarse por las condiciones y los mecanismos que conducen a su final. Sobre esa base, el trabajo se propuso determinar si el fracaso interno constituye una condición necesaria de la desaparición o si basta con la inversión de los factores externos que sostienen a la entidad, mediante el estudio comparado de los dos únicos casos consumados en el espacio postsoviético. Las páginas que siguen recapitulan los hallazgos, valoran las aportaciones y los límites del estudio y proyectan sus implicaciones investigadoras y prácticas.

El principal hallazgo del trabajo se trata de la respuesta que da a su pregunta central: el fracaso interno no constituye una condición necesaria para la desaparición de un Estado de facto. La comparación de dos entidades situadas en polos opuestos del eje de la cohesión interna demuestra que lo que gobierna el resultado no es la solidez interna de la entidad, sino la inversión simultánea de los dos factores externos que la sostienen, es decir, la protección del patrón y la debilidad del Estado matriz. Nagorno-Karabaj desapareció sin haber fracasado internamente, de modo que el fracaso interno pudo acelerar y configurar la caída chechena, pero no fue su condición necesaria. La inversión de los factores externos basta, por sí sola, para provocar la desaparición. El segundo hallazgo deriva de la división de la variable patrón en dos dimensiones —capacidad y voluntad— que la literatura solía tratar de manera indistinta bajo la etiqueta del «declive del patrón». Esa distinción permitió advertir que la ausencia de patrón, como en Chechenia, y el abandono por parte de este, como en Nagorno-Karabaj, son funcionalmente equivalentes, pues ambas situaciones dejan al cliente solo frente a un Estado matriz militarmente superior. De hecho, para el desenlace resulta indiferente que el patrón no pueda o no quiera proteger. Lo determinante es que, en el momento del enfrentamiento, la garantía de seguridad resulte inexistente. El tercer hallazgo emana de la distinción entre el resultado —la supervivencia o la desaparición— y el modo en que ésta se produce, dependiente de la cohesión interna. La fragmentación chechena ofreció a Moscú un pretexto y aliados internos para una reconquista con rasgos civiles; en cambio, Nagorno-Karabaj, que, debido a su cohesión carecía de fracturas que explotar ni colaboradores a los que recurrir, condujo a una capitulación negociada, una

autodisolución formal y un éxodo colectivo. Por tanto, la cohesión interna no salva a la entidad, pero sí determina la forma —violenta o negociada— de su final.

De estos resultados se sigue una revisión del modelo del «ciclo de vida» de Hoch y Kopeček (2020). Su predicción de que Nagorno-Karabaj se contaba entre las entidades más viables se incumplió porque el modelo sobrevaloraba la viabilidad interna como factor del final y subestimaba la configuración externa. El trabajo confirma, además, que los factores de sostenibilidad no son condiciones estáticas (Aliyev, 2020; Souleimanov, 2020b), dado que, en ambos casos, el Estado matriz revirtió su debilidad inicial —Rusia, tras la primera guerra chechena; Azerbaiyán, tras el alto el fuego de 1994—, lo que invirtió el tercer factor de Kolstø (2006). De este modo, el estudio replantea la jerarquía de los factores explicativos al desplazar la atención hacia el Estado patrón y el Estado matriz, en detrimento del fracaso interno, al que el modelo dominante atribuía el papel causal principal en la desaparición de estas entidades.

Por otro lado, las principales aportaciones del trabajo son de índole analítica y se concretan, en primer lugar, en la distinción entre el resultado y el modo del final, que permite atribuir cada uno a un conjunto distinto de factores y evita confundir las causas de la desaparición con las de su forma; y, en segunda instancia, en la división de la variable patrón en capacidad y voluntad, que afina el diagnóstico del «declive del patrón» y revela la equivalencia funcional entre su ausencia y su abandono. A ello se añade una contribución empírica, pues el trabajo ofrece una comparación sistemática de los dos únicos Estados de facto postsoviéticos desaparecidos, estudiados hasta ahora casi siempre por separado, con lo que responde a la demanda de un esfuerzo comparativo más amplio formulada por la propia literatura. El resultado es, en suma, una matización a la lectura más difundida del ciclo de vida.

Con todo, el alcance de estas conclusiones está, no obstante, condicionado por varias limitaciones. La primera es inherente al diseño: el reducido número de casos restringe la validez externa, de modo que los hallazgos no deben entenderse como leyes generalizables al conjunto del universo de Estados de facto (George y Bennett, 2005). La segunda concierne a la literatura, cuya disponibilidad y fiabilidad es desigual entre ambos casos —el colapso de Nagorno-Karabaj, muy reciente, se ha documentado sobre todo en informes de análisis geopolítico—; asimismo, el recurso a fuentes secundarias, que se apoyan en fuentes primarias afectadas por la politización propia de los contextos de conflicto, introduce sesgos que se han procurado mitigar a través del contraste

bibliográfico. La última se refiere al *process tracing*, que establece la causalidad reconstruyendo mecanismos dentro de cada caso, y no a partir de la covariación estadística, por lo que la portabilidad del marco más allá de la primera generación de Estados de facto postsoviéticos queda pendiente de contrastación.

Dicha portabilidad define la primera línea de investigación. El presente estudio se ha ceñido a dos casos de reintegración forzosa, pero la tipología de vías de salida contempla también la reintegración pacífica, que en el espacio analizado ejemplifica Gagauzia, reincorporada sin violencia a Moldavia (Kopeček, 2020d). Extender el marco a este caso permitiría comprobar si la distinción entre resultado y modo se sostiene a lo largo de toda la tipología de salidas y, en particular, si la cohesión interna explica también por qué una reintegración adopta la forma pacífica en lugar de la bélica. La segunda línea trasciende el espacio postsoviético. La República Serbia de Krajina, cuyo violento final se ha atribuido en buena medida a la pérdida del apoyo de su patrón (Kolstø y Paukovic, 2014), constituye un caso de abandono por el patrón —como Nagorno-Karabaj— que, sin embargo, desembocó en un desenlace bélico —como Chechenia—. Su incorporación a la comparación pondría a prueba dos cuestiones cruciales: si el mecanismo externo identificado en este trabajo —la conjunción del abandono del patrón y la recuperación del Estado matriz— opera más allá de la región postsoviética, y si la cohesión interna sigue explicando el modo del final.

Además de su interés académico, el trabajo ofrece implicaciones prácticas para anticipar la trayectoria de los Estados de facto que aún subsisten en el espacio postsoviético: Abjasia, Osetia del Sur y Transnistria. Si el resultado —la supervivencia o el colapso— depende de los factores externos y no la viabilidad interna, la evaluación del riesgo de estas entidades debe reorientarse desde su cohesión hacia la capacidad y la voluntad de reconquista de su Estado matriz y de su patrón. Del precedente sentado por la caída de Nagorno-Karabaj se derivan varios indicadores de alerta temprana. El reconocimiento diplomático eleva el coste reputacional de un eventual abandono y, por tanto, refuerza la voluntad del patrón de continuar sosteniendo a su cliente, de modo que la posición de Abjasia y Osetia del Sur —reconocidas por Rusia desde 2008— es, en esa dimensión, menos precaria que la de una Transnistria no reconocida y, además, distanciada actualmente de su patrón. Aparte, la guerra de Ucrania ha debilitado la capacidad rusa de sostener a sus clientes e, independientemente de la merma real de ésta, ha dañado su reputación como garante, impresión que propagó la caída de Nagorno-

Karabaj en la zona (Kolstø, 2024). El seguimiento de las señales de fiabilidad del patrón —sus compromisos, su disposición a intervenir y el estado de sus recursos— y del rearme y la determinación del Estado matriz constituye, por tanto, la clave para anticipar la suerte de los supervivientes. Por último, la cohesión interna permite prever el modo del eventual final y, con él, sus consecuencias humanitarias. Una entidad cohesionada tendería, llegado el caso, a una salida negociada; una entidad fragmentada, a un desenlace violento. Esta distinción resulta relevante para quienes han de anticipar crisis de refugiados o diseñar respuestas ante ellas, pues el éxodo de cerca de ciento veinte mil personas que siguió a la caída de Nagorno-Karabaj ilustra la magnitud de estos desenlaces.

En definitiva, la desaparición de los Estados de facto postsoviéticos depende menos de su robustez interna que de la configuración externa que los rodea. La anomalía de la que partió este trabajo —una entidad juzgada viable que, pese a ello, se extingue— deja de serlo cuando se atiende a la conjunción del patrón y del Estado matriz por encima del fracaso interno. Esas mismas coordenadas definirán previsiblemente el destino de las entidades que aún perviven en la región.

9. BIBLIOGRAFÍA

- Aliyev, H. (2020). Explaining de facto states' failure. En T. Hoch & V. Kopeček (Eds.), *De facto states in Eurasia* (pp. 252–261). Routledge.
- Beach, D., y Pedersen, R. B. (2019). *Process-tracing methods: Foundations and guidelines* (2.^a ed.). University of Michigan Press.
- Bennett, A., & Checkel, J. T. (Eds.). (2015). *Process tracing: From metaphor to analytic tool*. Cambridge University Press.
- Caspersen, N. (2012). *Unrecognized states: The struggle for sovereignty in the modern international system*. Polity Press.
- Caspersen, N., y Gueudet, S. (2025). “No longer what you used to be”: Renegotiating relations between de facto states and their patrons. *European Journal of International Relations*.
- Centre for Eastern Studies. (2023). *The end of Nagorno-Karabakh: A political earthquake in the South Caucasus*. OSW.

- Florea, A. (2014). De facto states in international politics (1945–2011): A new data set. *International Interactions*, 40(5), 788–811.
- George, A. L., y Bennett, A. (2005). *Case studies and theory development in the social sciences*. MIT Press.
- Gerring, J. (2007). *Case study research: Principles and practices*. Cambridge University Press.
- Hoch, T. (2020). De facto statehood: Overview of the research. En T. Hoch y V. Kopeček (Eds.), *De facto states in Eurasia* (pp. 16–26). Routledge.
- Hoch, T., y Kopeček, V. (Eds.). (2020). *De facto states in Eurasia*. Routledge.
- Kolstø, P. (2006). The sustainability and future of unrecognized quasi-states. *Journal of Peace Research*, 43(6), 723–740.
- Kolstø, P. (2024). Eurasia's de facto states after Russia's attack on Ukraine: Client reactions to patron decline. *Problems of Post-Communism*. Publicación anticipada en línea.
- Kolstø, P., y Paukovic, D. (2014). The short and brutish life of Republika Srpska Krajina: Failure of a de facto state. *Ethnopolitics*, 13(4), 309–327.
- Kopeček, V. (2020a). Factors of de facto states' sustainability. En T. Hoch & V. Kopeček (Eds.), *De facto states in Eurasia* (pp. 159–167). Routledge.
- Kopeček, V. (2020b). Inside a de facto state: Forming and sustaining the Abkhazian and Nagorno-Karabakh Republic polities. En T. Hoch & V. Kopeček (Eds.), *De facto states in Eurasia* (pp. 225–246). Routledge.
- Kopeček, V. (2020c). The Nagorno-Karabakh Republic and the Republic of Armenia: Who instrumentalizes whom? En T. Hoch & V. Kopeček (Eds.), *De facto states in Eurasia* (pp. 208–224). Routledge.
- Kopeček, V. (2020d). Possible ends of de facto states. En T. Hoch & V. Kopeček (Eds.), *De facto states in Eurasia* (pp. 249–251). Routledge.

- Merlin, A. (2012). The postwar period in Chechnya: When spoilers jeopardize the emerging Chechen state (1996–1999). En N. Duclos (Ed.), *War veterans in postwar situations* (pp. 219–239). Palgrave Macmillan.
- Pegg, S. (1998). *International society and the de facto state*. Ashgate.
- Pegg, S. (2017). Twenty years of de facto state studies: Progress, problems, and prospects. In *Oxford research encyclopedia of politics*. Oxford University Press.
- Souleimanov, E. A. (2006). Interwar Chechnya (1996–1999), Wahhabism and the roots of the Dagestani invasion. *Mezinárodní vztahy / Czech Journal of International Relations*, 41(2).
- Souleimanov, E. A. (2020a). Terminology. En T. Hoch & V. Kopeček (Eds.), *De facto states in Eurasia* (pp. 11-15). Routledge.
- Souleimanov, E. A. (2020b). Why de facto states fail. Lessons from the Chechen Republic of Ichkeria. En T. Hoch & V. Kopeček (Eds.), *De facto states in Eurasia* (pp. 262–273). Routledge.
- Study of Internal Conflict. (2024). *Chechnya 1991–2000*. U.S. Army War College.
- Wilhelmsen, J. (2005). Between a rock and a hard place: The Islamisation of the Chechen separatist movement. *Europe-Asia Studies*, 57(1), 35–59.
- Yemelianova, G. M. (2023). The de facto state of Nagorno-Karabakh: Historical and geopolitical perspectives. *Europe-Asia Studies*, 75(8), 1336–1359.

ANEXO: Declaración de uso de herramientas de IA generativa

Nombre Grado/Máster:	Doble grado en Derecho y Relaciones Internacionales (E-5)
Nombre Alumno:	Ioana Droboța Molina
Coordinador/a TFG/TFM:	Javier Gil Pérez
Nombre Director/a de TFG/TFGM:	Marta Paradés Martín

Declaro que para la elaboración del presente Trabajo Fin de Grado / Trabajo Fin de Máster se ha utilizado inteligencia artificial generativa como herramienta de apoyo.	SÍ	NO
	X	

1) Uso de la IA Generativo

Si tu respuesta ha sido SÍ, contesta a las siguientes preguntas. Si has contestado NO, pasa al apartado 2.

Uso ético

	SÍ	NO
¿A la hora de usar la herramienta IA, en los <i>prompts</i> utilizados has incluido datos de carácter sensible o de carácter personal (fotos de personas reales, datos personales, etc.)? <i>Si tu respuesta es afirmativa especifica cuáles.</i>		X
¿Has orientado tu uso a suplantar tu trabajo personal sin hacer una revisión crítica de la extraído en la herramienta IA? <i>Si tu respuesta es afirmativa especifica cuáles.</i>		X
¿Has tenido en cuenta las recomendaciones académicas que te han hecho específicamente en el Grado/Máster sobre lo que está permitido o no con la IA?	X	

Uso técnico realizado:

¿Qué herramientas has utilizado (ChatGPT, Copilot, Claude, Nano Banana...)? Especifica la versión o tipo de licencia.

Marcar lo que corresponda:

- Generación de texto (*Especificar qué herramientas*) →
- Reformulación (*Especificar qué herramientas*) →
- Traducción / corrección (*Especificar qué herramientas*) → Claude Opus 4.8.
- Sugerencia de estructura (*Especificar qué herramientas*) → Claude Opus 4.8.
- Apoyo metodológico (*Especificar qué herramientas*) → Claude Opus 4.8.
- Buscar o citar bibliografía (*Especificar qué herramientas*) → Claude Opus 4.8.
- Generar contenido audiovisual (videos, infografías, audios, imágenes, gráficos. *Especifica en concreto qué contenidos has generado con IA además de citarlo correctamente en el trabajo.*)
- Otros (*Especificar qué herramientas*) →

Confirmando que el contenido final ha sido revisado, corregido y validado íntegramente por mí como autor/a y asumo la plena responsabilidad académica del mismo.

La utilización de la IA no ha sustituido el análisis crítico, la reflexión personal ni el trabajo intelectual propio exigido en un TFG/TFM.

Firma:

DROBOTA
MOLINA
IOANA -
06611147G

Firmado digitalmente por
DROBOTA MOLINA IOANA -
06611147G
Fecha: 2026.06.15 22:09:35 +02'00'